

## Pañuelada de cuentos

Entre los actos que en esta vida me han parecido sencillamente encantadores, está aquel de Rubén Coto con sus cuentos. Yo los había recogido para darlos al señor Editor de *Ariel*, quien pensaba hacer con ellos un número de su revista.

Una mañana llegó Rubén con un pañuelo claro que acababa de comprar y en él puso todos sus cuentos. Luego lo anudó y colgándolo de una de las paredes de mi cuarto, dijo: «Es una *pañuelada* de cuentos».

Y allí quedó por varios días suspendida de un clavo, la *pañuelada de cuentos* de Rubén, que nos hacía sonreír llenos de ternura cada vez que nuestras miradas la encontraban.

A mí me parecía que el pañuelo estaba repleto de lindas flores sin pretensiones, como las santaslucías color

violeta que adornan nuestros potreros y las veras de nuestros caminos, y que hubiesen sido cortadas en la mañana, cuando aun el sol no había bebido el rocío que la madrugada pusiera en sus corolas.

El señor Editor de *Ariel* y uno de los compañeros insinuaron la idea de que se bautizara el folleto con aquel nombre: «*Pañuelada de cuentos*».

Desgraciadamente no se pudo hacer la edición y hoy los cuentos han vuelto a mis manos. De entre éstos he sacado algunos para publicar aquí, con la esperanza de poder muy pronto ofrecerlos todos juntos en un tomo.

En ellos no se encontrará erudición. Son sencillos y bellos como sacados del corazón de chiquillo soñador y rebelde que hay en el autor.

La Dirección

## A veces en primavera...

A Marisabel Carvajal

A veces en primavera, cuando el viento de la montaña se destrenza en susurros por entre las ramas y sigue a lo largo del campo pronunciando nombres de personas o de cosas, o aislados sonidos del alfabeto, vocales y consonantes, y el cielo está azul, una historieta vaporosa y blanca que vive fresca en el recuerdo, como en el fondo de una gruta el musgo, se deslía en el pensamiento tiñéndolo también de blanco, y el espacio aparece entonces más azul y más bella la montaña.

Si deseáis aspirar tan sutil perfume, apartad de la imaginación todo pensamiento pecaminoso, y cubiertos los ojos con una venda de color de rosa, olvidad por un instante que bajáis ya la pendiente de la vida. En una palabra, tornad a los años de la infancia, a los años del encanto, de la pureza y del ensueño, cuando el corazón aun no sospecha el mal y nos pasamos los ratos ora en interminables confidencias con el gato, ora haciendo gestos a la luna, o bien buscando en el jardín—siempre en vano—la incógnita *mata de cincos*.

Yo tenía ocho años, es decir, dos más que Paulina.

Paulina era mi compañerita y apenas si nos separábamos alguna, muy rara vez. Por un senderillo abierto en la grama bajábamos por el río hasta llegar a la casita del señor Antonio, del maestro Antonio, más allá del puente.

El maestro Antonio era un viejo encorvado, había sido zapatero y peleó en la guerra del 56, y ahora vivía solo—solo en el mundo—cultivando un pequeño jardín. Nuestras frecuentes e intempestivas apariciones causaban en su ánimo evidente regocijo. Nos agasajaba con fresas, con moras y con fragantes ramitos de violetas que el anciano ataba con raíces aromáticas. No menos fragantes resultaban las historias que inventaba para regalo de nuestros infantiles corazones.

En las tardes, cuando era ya tiempo de partir, el buen anciano venía a despedirnos hasta el puente.

—«Id con Dios y amaos siempre. ¿Volveréis otra vez?»